



Los vecinos y los tres niños se unieron en un fuerte aplauso.

JUAN



Desde el balcón, los pequeños lloraron empujados.

JUAN

No se llevaron a los niños de Macisvenda

DESDE primeras horas de la mañana, cientos de vecinos, la mayoría de ellos de Barinas —que habían cerrado los establecimientos comerciales para acudir a Macisvenda— se congregaron ante la puerta de la vivienda de Cecilio Pérez y Fuensanta Rocamora, donde viven María Esther, Antonio Ramón y Javier, los tres niños que ayer, por orden judicial, tenían que dejar a sus abuelos y marchar con su padre. La oposición de los vecinos hizo imposible que los funcionarios del Juzgado y la Guardia Civil entraran a por los pequeños.

Ante la oposición de cientos de vecinos

Desagradables incidentes en un pueblo sin fuerzas de orden público

J. L. SALANOVA

Con revoloteo de campanas, a cargo de varios niños, Macisvenda parecía ayer un pueblo en fiestas. Pero la realidad era bien distinta: los pequeños —compañeros de María Esther, Antonio Ramón y Javier— anunciaban a los cuatro vientos que tres niños iban a ser sacados de la casa de sus abuelos por una orden judicial. Con el incesante repicar de las campanas de la torre de la iglesia llamaban a los vecinos para que se concentraran en las inmediaciones de la vivienda de Cecilio y Fuensanta, los abuelos de los chicos. A las 12 de la mañana, cuando los vendedores del mercado en plena calle recogieron sus puestos de venta, los vecinos comenzaron a replegarse junto a la casa donde permanecían encerradas las tres criaturas. María Esther, agotando los últimos minutos, a través del teléfono no cesaba de llamar a los medios de comunicación para contarles su triste historia. Desesperadamente pedía ayuda. Entre llamada y llamada abrazaba y besaba a sus dos hermanos. Llorando desconsoladamente, pero sacando fuerzas de flaqueza, intentaba dar ánimos a su abuela Fuensanta, mujer totalmente destrozada.

Como si de una romería se tratara, a esa misma hora empezaron a llegar varios vehículos —la mayoría de ellos furgonetas— procedentes de Barinas. Muchos establecimientos comerciales cerraron sus puertas para acudir a Macisvenda. Claudia, bien conocida en el contorno, organizó todo. La consigna estaba clara: ni un sólo insulto, ni amenazas, ni abuso de la fuerza. Tan sólo unirse todos, como una pía, junto a la puerta de entrada de la vivienda.

«Que Dios me llame cuanto antes»

A las 13'50 horas llegaron los del juzgado; tras ellos, un vehículo de la Guardia Civil. Después de intentar entrar y no conseguirlo, comunicaron lo que estaba sucediendo al juez, quien ordenó que se retiraran. María

Esther y sus hermanos, al asomarse al balcón, fueron recibidos con fuertes aplausos. La niña, sollozando, dio las gracias a todos, mientras que pedía que no se fuera nadie. En un momento cogió una gran foto de su madre y comenzó a besarla. Con un nudo en la garganta, que a veces le impedía continuar hablando, recordó el problema que estaban viviendo los tres niños. «Perdimos a nuestra madre y ahora quieren que perdamos a la segunda madre: a nuestra abuelita, que tanto ha hecho por nosotros. Si así fuese no quisiera seguir viviendo. Más vale que Dios me llame cuanto antes y marche junto a ella», dijo María Esther. Ante las palabras de la niña, pocos pudieron contener la emoción y rompieron en sollozos. Macisvenda era todo un valle de lágrimas.

Desagradables incidentes

Minutos antes de las 5 de la tarde surgieron en el pueblo desagradables incidentes. Un «Mercedes», con matrícula A-0093-J, a enorme velocidad pasó tres veces consecutivas frente a la puerta donde estaban congregados cientos de vecinos. Estos, asustados, se lanzaron contra las paredes y así —de verdadero milagro— pudieron salvar la vida. Ante tal imprudencia temeraria, representantes de los medios de comunicación, que cubríamos la información, llamamos a la Comandancia de la Guardia Civil de Murcia para notificar los hechos. Media hora más tarde —al no aparecer las fuerzas de orden público— tuvimos que efectuar una segunda llamada. Mientras, en la cafetería «Javi», frente a la vivienda donde permanecían encerrados los tres niños, familiares y amigos del padre de las criaturas protagonizaron escenas violentas. En Macisvenda no estaban las fuerzas de orden público. Cinco minutos antes de llegar la Guardia Civil, los que originaron los incidentes marcharon en dos vehículos, uno de ellos el «Mercedes» que atemorizó al vecindario.